

De amor, dignas de estimarse,
Pues disfrazando grandezas,
Para ser mayor en todo,
Fuistes mayordomo en ella!
No os aguardaba tan presto
Mi hermana; mas cuando os vea,
Estimará agradecida
Su dicha y vuestra presteza.
Goceisla por muchos años.
Avisen á la Marquesa.
¡Hola!

ARMINDA.
En el jardín entré.
Yo voy á darle estas nuevas,
Y á pedirle las albricias.—
Pero, pues sale ella mesma,
Esposo y albricias gano.

ESCENA XIX.

AURORA Y DON RODRIGO, de las manos.—DICHOS.

DON RODRIGO. (Hablando con Aurora á la puerta, antes de reparar en los demás personajes de la escena.)

Si así alcanza quien espera,
Si así amor que calla, otorga,
Si así servicios se premian,
Esposa del alma mía,
Píntese el amor sin lengua,
Con corona la esperanza,
Laureada la paciencia.

AURORA. (A los del acompañamiento.)
¡Hola! Llamen á Narcisa,
Para que á mi esposo vea,
Y á mi amor dé parabienes,
A pesar de sus sospechas.

(Adelantándose hacia su hermana.)

Ya se los he dado yo,
Y teniendo en tu presencia
Al conde Carlos tu esposo,
Que muchos años lo sea,
Podrás cumplir mi esperanza.

AURORA.
¿Qué es esto?
CÁRLOS.
Estas son finezas
De un amor por vos premiado,
Que á besaros los pies llega.

AURORA.
Mayordomo, ¿qué queréis
Decir por eso?

CÁRLOS.
Ya cesan
Disfraces: el Conde soy,
Que disimulada y cuerda
Sé yo que habéis conocido.
Besar mis labios merezcan
Cristales de tal Aurora,
Porque yo su Endimión sea.

AURORA.
Seais, Conde, bien venido;
Que yo sé que la nobleza
De mi señor el Marques,
De veros aquí se huelga,
Porque huésped tan ilustre,
Honrando las bodas nuestras,
Festeje nuestra ciudad.

CÁRLOS.
¿Qué decis?
AURORA.
Narcisa, llega,
Habla al marqués Don Rodrigo.

CÁRLOS.
¿Cómo es eso? Antes que sepa
Mi agravio el mundo, tendrán
Satisfacción mis ofensas.

AURORA.
Conde, pues vos me perdistes,
Y Narcisa y su belleza
Os enamora, gozalda,
Pues así cumplida queda
Su ventura y vuestro gusto.

CÁRLOS.
Primero que tal consienta.....

AURORA.
Estando en Saluzo, Conde,
No es bien que desa manera
Hableis.

CÁRLOS.
¡Con un maestresala!
¿Qué desigualdad es esta?

AURORA.
Mayordomo también fuistes.
Poca ventaja se lleva
Un oficio á otro.

DON RODRIGO.
Aquí,
Generoso Conde, pueda
Mas el valor que la espada,
Que el enojo, la prudencia.
La mano me ha dado Aurora,
Y yo, si reprimis quejas,
Con los brazos os ofrezco
Una amistad verdadera.

CÁRLOS.
Mucho alcanzan cortesías.
Pues el cielo así lo ordena,
Y Narcisa es tan hermosa,
No quiero mujer por fuerza.
NARCISA.
Yo soy vuestra humilde esclava.

ESCENA XIX.

CHINCHILLA, y luego ASCANIO.—

DICHOS.
CHINCHILLA.

Plaza.....
AURORA.
¿Qué es aquesto?

CHINCHILLA.
¿Qué es aquesto?

Afuera;
Que entra el conde de Monreal.....

DON RODRIGO.
¿Estás en ti, loco?

CHINCHILLA.
Que entra

AURORA.
El conde de Monreal, digo,
A casarse con Belerma.....
Con Narcisa, iba á decir.

ASCANIO. (Saliendo.)
Si enojos, bandos y guerras,
En amistades y amor
Es justo que se conviertan;

Por albricias, bella Aurora,
Del esposo y de la vuestra,
Dad al conde de Monreal
A Narcisa, pues por ella,
Vuestro secretario ha sido.

AURORA.
Con transformaciones nuevas,
Habemos tenido en casa
Del Piamonte la nobleza.
Las paces que me pedis,
Yo las otorgo contenta;
Pero no puedo á Narcisa.
Pedidle á Carlos licencia;
Que es ya su esposa.

ASCANIO.
¿Y vos no?

¿Qué marañas son aquestas?

DON RODRIGO.
Yo soy, Conde, el venturoso
Que alcanzo tan ardua empresa.

CHINCHILLA.
¡Cuerpo de Dios! ¿Eso dices,
Y á Chinchilla de dar dejás
Tus pantorrillas y brazos?
¡Por Dios, que es linda tu flema!

ASCANIO.
Pues Narcisa me engañó,
¿Qué tengo de hacer? Paciencia.
La vuelta á mi tierra doy.

DON RODRIGO.
Pues otorgó la Marquesa,
Callando, mi firme amor,
Llámesse aquesta comedia,
Quien calla otorga, senado,
Satisfaciendo con ella
Al castigo del Penséque,
Pues no es necio quien se enmienda.

NOTA.

ACTO II, ESCENA VI.
Sin mí, y entre cuatro dueñas,
Mirad con quien, y sin quien,
Date un listón.

Y tres donzellas también,
Digo donzellas por señas,
Que en lo demás no me meto:
En la antecámara estaba,
Y con ellas conversaba
Mas compuesto que un soneto.
Mira si en amar te imito.

Así están tilde por tilde estos versos
en la edicion antigua que nos sirve de
original. Si la acotacion que va de bastar-
dilla no es repeticion de otra que
hay en la escena anterior, si Chinchilla
da ó presenta un listón á su amo, de-
beria decir con qué objeto, ó por qué
motivo, y no lo hace. Al fin de la es-
cena VIII se anuncia que es ya de no-
che, y en la XV del mismo acto la dueña
arguye á Chinchilla en estos términos:

¿Ya te olvidas
De la dama que esta noche
Te ofreció á oscuras la vida
Y te tomó de la mano?

Es evidente pues que en este pasaje
de la escena VI (acto II) faltan algunos
versos que declararían la procedencia
del listón.

LA GALLEGA MARI-HERNANDEZ.

PERSONAS.

DON JUAN II DE PORTUGAL.
DON ALVARO DE ATAIDE.
DOÑA BEATRIZ DE NOROÑA.
MARI-HERNANDEZ, gallega.
GARCÍ-HERNANDEZ, viejo.
EL CONDE DE MONTEREY.
DON EGAS.
CALDEIRA.

DOMINGA.
CARRASCO.
OTERO.
MARTIN.
BENITO.
CORBATO.
GILOTE.
VASCO.

Serranos.

UN CAZADOR.
DOS SOLDADOS PORTUGUESES.
DOS CRIADOS DEL CONDE.
SOLDADOS CASTELLANOS.
SOLDADOS PORTUGUESES.
ACOMPANAMIENTO DEL REY Y DEL
CONDE.

La escena es en Chaves (en Portugal), en el valle de Limia, y en Monterey.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Doña Beatriz en la villa de Chaves.— Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO, DOÑA BEATRIZ.

DON ÁLVARO.

De dos peligros, Beatriz,
Por excusar el mas grave,
Se ha de escoger el menor.
¿Qué importa que el Rey me mate?
Ya sé que á voz de pregones
Me busca, y por desleales
Condena á cuantos supieren
De mí, sin manifestarme.
El rey Don Juan el segundo
De Portugal y el Algarbe,
(Que aunque airado contra mí,
Mil años el cielo guarde)
Dando á traidores orejas,
Que persiguiendo leales,
Quiéren de bajos principios
Subir á cargos gigantes,
Ha cortado la cabeza
A Don Fernando Alentastre,
(Primo suyo, y duque ilustre
De Berganza y Guimaranes)
Por unas cartas fingidas,
Que su secretario infame
Contrabizó y entregó,
En que da muestras de alzarse
Con la corona, escribiendo
A los Reyes que ignorantes
Desterran del nombre alarbe.
A Fernando é Isabel
Digo, que á Castilla añaden
Un nuevo mundo, blason
De sus hechos alejandres.
Verosímiles indicios
No admiten en pechos reales,
Cuando la pasión los ciega,
Argumentos disculpables.
Andaba el Rey receloso
Del Duque, porque al jurarle
En las Cortes, cuando en Cintra
Llevó Dios al Rey su padre,
Reparando en ceremonias,
Por no usadas, excusables,
Quiso segun las antiguas
Hacerle el pleito homenaje.
Valiéronse deste enojo
Lisonjeros, y parciales
Le indignaron, que en los reyes
Son crímenes los achaques.
Siguiéronse cartas luego

Contrahechas, que á indiciarle
Bastaron con tanta fuerza,
Que aunque el Duque era su sangre,
En Évora le justicia,
Sin que lágrimas le aplaquen
De la Reina, hermana suya,
De sus privados y grandes.
Huyen parientes y amigos;
Porque á enojos majestades
En los ímpetus primeros,
No hay inocencias que basten.
Dos hermanos y tres hijos
Van á Castilla á ampararse
De Fernando é Isabel:
¡Quiera el cielo que en él le hallen!
Al Conde de Montemor
Su hermano, y gran condestable
De Portugal, aunque ausente,
Ha mandado el Rey sacarle
En estatua, y en la villa
Y plaza mayor de Abrantes
La espada y banda le quita
Cuadrada, que es degradarle
De condestable y marqués,
Y luego degollar hace
El simulacro funesto,
Saliendo (¡rigor notable!)
Sangre fingida del cuello
De la inanimada imagen.
Yo, que como primo suyo,
Soy también participante,
Si no en la culpa, en la pena;
Para que también me alcance,
Estoy dado por traidor;
Y por la lealtad de un paje,
Que despreciando promesas,
No temió las crueldades
Con que amenazan los jueces;
Dos meses pude ocultarme
En un sepulcro, que antiguo
En vida las honras me hace.
Pero ahora que estoy cierto
Que el Rey, declarado amante
De tu hermosura, ha venido
A esta villa á visitarte;
Atropellando consejos,
Perdiendo al temor cobarde
El respeto que la vida
Y la honra es bien que guarde;
Si desesperado no,
Celoso mi agravio sale
De sí y del sepulcro triste,
Asilo hasta aquí, ya cárcel.
Celos, Beatriz, poderosos
Han bastado á levantarme
Del sepulcro: muerto estoy;
Bien puedo decir verdades.
Dos años há que te sirvo,
Sin que haya, por adorarte,

Estorbos que no atropelle,
Imposibles que no pase.
Con palabras y promesas
Esperanzas alentaste,
Que dudosas que las niegues,
Hoy vienen á ejecutarte.
Ser mi esposa has prometido;
Pero ya que ciega y fácil
La fortuna (en fin mujer,
Firme solo en ser mudable)
Levanta tus pensamientos
Cuando mis dichas abate:
Tu igualándote á coronas,
Yo indigno, ya que me iguale
Al mas rústico pastor:
Tú marquesa respetable,
Yo sin Estados, ni hacienda:
¡Ay Beatriz! no hay que culparte
Que me aborrezcas y olvides.
Góeete el Rey: muera, inhábil
De merecer tu belleza,
Un conde ayer, hoy imagen
Y sombra de lo que ha sido;
Que cuando el Rey aquí me halle,
Porque de mí quedés libre,
Yo gustaré que me mate.

DOÑA BEATRIZ.

Tan desacordado vienes,
Que á no ocasionar tus males
A llorar desdichas tuyas,
Riñera tus disparates.
Para salir del sepulcro,
Donde viven las verdades
Entre huesos, desengaños,
Que no admitieron, en carne,
No sales con la cordura
Que pudieran enseñarte
Escuelas del otro siglo,
Donde no hay ciencias que engañen.
La historia del malogrado
Duque vienes á contarme,
Como si yo la ignorara,
Cabiéndote tanta parte
A ti en ella como á mí
De lágrimas; que á enseñarte
Reliquias que en lienzo viven
Bastaran á acreditarme.
Antes de haber delinquido,
En mi ofensa sentenciaste
Olvidos solo en potencia.
¡Ay Don Alvaro de Ataide!
Necios jueces son los celos,
Pues sus ciegos tribunales,
Sin interrogar testigos,
Condenan lo que no saben.
Aunque de lo que te imputan
Enemigos criminales
Inocente estés (que es cierto,
Pues en tí traicion no cabe),

Solo la mala sospecha
Que contra el amor constante
De mi pecho has hoy tenido,
Basta para condenarte;
Porque donde el valor vive,
Tal vez delitos amantes
Son de mas ponderacion
Que las lesas majestades.
De la triste compañia
Donde vivo te enterraste,
La desazon se te pega
Que muestras: no es bien me espante.
Sin Estado, perseguido,
Sin amigos que te amparen,
Sin parientes que te ayuden,
Sin vasallos que te guarden,
Te quiero mas que primero;
Que porque al fino diamante
Le desguarnezcan del oro,
No desdican sus quilates.
Déjame pelear primero,
Y cuando el contrario cante
La victoria, entónces dime
Vituperios que me agravién;
Que si por ser mujer yo,
Temes de mi sexo frágil
Banderizados empleos;
Soy portuguesa, y bien sabes
Que no ha habido en mi nacion
Ninguna á quien los anales
Que afrontas inmortalizan,
Puedan notar de inconstante.
Amabas presuntioso;
Pretendias arrogante;
Pudo ser por las riquezas,
Siempre soberbias y graves:
Y yo tambien pudo ser
Que por ellas te estimase,
Repartiendo en tí y en ellas
Deseos interesables.
Ya podras hablarme humilde,
Y yo en amor mejorarame,
Queriéndote por tí solo,
Si tú pobre, yo constante.
Estado, hacienda y honor
La fortuna, dresa frágil,
Te quitó: guarda la vida;
Que como esta no te falte,
Sin Estado, honor ni hacienda
Te estimo en mas que los reales
Blasones que me persiguen,
Y no han de poder mudarme.
Norroña soy, si él es rey;
Esposa tiene á quien ame,
Y ilegítimos empleos
No han de ofender mi linaje.
Raya es esta de Galicia:
Si encubiertamente sales
Con el favor de la noche,
Amparo de adversidades;
Cuando tú seguro estés,
Y des órden de avisarme,
Te seguiré firme yo;
Que empuñando mis lugares,
Y recogiendo mis joyas;
Castellanas majestades,
De rigores portugueses,
Tiene España que nos guarden.—
Dame los brazos, y adios.

DON ALVARO.
Tu nombre en mármoles graben.

ESCENA II.
CALDEIRA.—DON ALVARO, DOÑA BEATRIZ.
CALDEIRA.
Deja agora grabaduras
Para escultores y jaspes,
Cuerpo de Dios! y preven
O escondrijos ó gaznates,
Que el rey Don Juan entra aquí.

DOÑA BEATRIZ.
¡Ay, mi bien!
CALDEIRA.
¿No habrá desvanes,
Chimeneas, gallineros,
O un cofre en que agazaparme?
DON ALVARO.
Ya, Beatriz, vuelven sospechas
De nuevo á martirizarme.
¡El Rey de noche, y á verte,
Sin tu permission!

DOÑA BEATRIZ.
No te halle
Aquí: tras ese tapiz
Te pon; que si has de escuchalle,
Y lo que respondo adviertes,
Yo sé que de los pesares
Que me das, perdon me pidas.
CALDEIRA.
Que viene, que entra, que sale.
DOÑA BEATRIZ.
Mi bien, ¿quieres esconderte?
DON ALVARO.
¡Ay! quién pudiera feriate
La firmeza de los montes!
CALDEIRA.
¡Ay! quién pudiera tornarse
O chapin ó bacinilla,
Mono, papagayo ó fraile!
(Ocúllanse detrás de un tapiz Don Alvaro y Caldeira.)

ESCENA III.
EL REY, DON EGAS, ACOMPAÑAMIENTO.—DOÑA BEATRIZ, DON ALVARO y CALDEIRA, ocultos.

REY.
Para divertir, Marquesa,
Penas de razon de Estado,
Que desleales me han dado,
Porque de mí bien les pesa,
A vuestra villa he venido,
Y esta noche á vuestra casa.
DOÑA BEATRIZ.
No sabeis honrar con tasa;
Pródigo habeis, señor, sido,
Ilustrando estas paredes,
Donde, como vos decís,
Penas tan bien divertís,
Que en vos es hacer mercedes.
REY.
Para que verifiqueis
Aquesa proposicion,
Traigo, Beatriz, intencion
De que mañana os caseis.
DOÑA BEATRIZ.
¡Cómo, gran señor!
REY.
Yo he sido
Vuestro amante; que las leyes
De amor no exceptúan reyes:
Constante habeis resistido
Mi poder y voluntad,
Porque mienta la experiencia
Que afirma no hay resistencia
Contra un gusto majestad:
Y yo tambien, vuelto en mí,
Cuerto he juzgado á vergüenza
Que una mujer reyes venza,
Y un rey no se venza á sí.
Soy casado, y vos doncella:
Hereditad que está sin dueño,
No corre riesgo pequeño,
Y mas hereditad tan bella.
Düeno os prevengo, en efeto;
Que un marido puede tanto,
Que al vasallo pone espanto,
Y al Rey obliga á respeto.
El conde Don Egas es

En quien los ojos he puesto,
Noble, leal, y sobre esto
Mi privanza. El interes
De ser este el gusto mio,
Pienso yo que bastará
A que os obligue quien da
Muerte así á su desvario.
DOÑA BEATRIZ.
Quien de sus propias pasiones
Sabe salir vencedor,
Bien merece, gran señor,
Hipérbotes por blasones;
Que, en fin, no reinaba bien
Cautiva la voluntad.
Doile á Vuestra Majestad
Mil veces el parabien
Del discreto desempeño
Con que el alma ha libertado,
Y yo se le hubiera dado
A mi dicha por el dueño
Que su mano me ha ofrecido,
Si no sintiera bajar
De mas á ménos, y dar
Pena á un amor ofendido:
Que puesto que fué el honor
Resistencia poderosa
Contra el alma que piadosa
Estimaba vuestro amor;
Ya en mí se habian engendrado
De vuestros reales empleos,
Reales tambien los deseos,
Y dentro en mí un real estado;
Que negándoos exteriores
Permisiones el honor,
Estimaban vuestro amor
Pensamientos interiores:
Y con afecto amoroso,
Cuando el amor resistía,
Dentro del alma os tenia
Por mi legitimo esposo;
Pues con tales fundamentos,
No era mucho conservar
El cuerpo libre, y gozar
Casados sus pensamientos.
Mas pues burlados los hallo,
No será conforme á ley
Que quien fué esposa de un rey,
Lo venga á ser de un vasallo.
Ni á vos os puede estar bien
Que en ofensa de los dos,
Hombre que es ménos que vos,
Goce á quien quisistes bien.
REY.
¿Vos me habeis querido á mí?
DOÑA BEATRIZ.
Dentro del alma os llamaba
Esposo, y os adoraba.
REY.
Crejera yo ser así,
A no venir advertido
De que es mi competidor,
Marquesa, un conde traidor,
Por vos á un rey preferido.
Mirad como haré caudal
Del amor que me teneis
Interior, si posponeis
A un rey por un desleal.
Que yo de nuevo agraviado
Deslealmente por los dos,
(Si como confesais vos,
De esposo nombre me han dado
Pensamientos ya violentos,
Pues á un traidor dan lugar)
Bien podré en vos castigar
Adúlteros pensamientos,
Y en él la injuria que pide
Quien dueño vuestro se llama,
Pues me ofende en reino y dama
Don Alvaro de Ataide.
DOÑA BEATRIZ.
Señor....

REY.
Esta es la verdad:
A informaciones ya hechas
Y probadas, no hay sospechas
Que ofusquen su claridad.
Don Alvaro huyó á Castilla
Con los demas desleales,
Cuyas ambiciones reales
Aspiraban á mi silla.
Correspóndese con vos,
Y en la raya de Galicia,
Beatriz, vuestro Estado, indicia
Muchos cargos contra vos.
Para que dellos quedeis
Libre, y Portugal seguro,
Hoy desposaros procuro.
Conde os doy, si le perdeis.
DOÑA BEATRIZ.
Que un amante celos pida,
Con buena ó mala ocasion,
Por ser la mejor sazón
De amor, cosa es permitida;
Pero un marido á su esposa,
En culpa no averiguada,
Y ménos que con la espada,
Siempre fué accion afrentosa.
Sabiedo pues que le llama
Esposo mi voluntad,
No hace Vuestra Majestad
Bien en ofender su fama;
Pues culpando mis intentos,
Ya el ser mi esposo ha acetado,
Cuando me atribuye airado
Adúlteros pensamientos:
Y siendo así, mis cuidados
Que en tan mal crédito están,
Desde ahora llorarán
Pensamientos mal casados;
Que yo en fe de que tenia
Dentro el alma un dueño rey,
Por ser esposa de ley,
Con tal presuncion vivia,
Que no á Don Alvaro que es
(Aun cuando fuera leal)
A mi altivez desigual;
Al príncipe portuégus,
Que es sucesor vuestro, en fin,
Juzgara, cuando me amase,
Indigno de que aun besase
La suela de mi chapin.
Perdone este atrevimiento
Vuestra Majestad, señor;
Que pierde el respeto amor
Cuando está con sentimiento.
Yo tengo el alma empleada
En un rey, de quien mujer
Se llama, y no puede ser
Con dos á un tiempo casada.
Ponga en Cháves guarnicion,
Por ser de Galicia raya,
Si es justo que de mí haya
Tan poca satisfaccion;
Y excuse así sus combates,
Dándome licencia á mí;
Que dirá, si estoy aquí,
Mi agravio mil disparates.
(Entrase por el tapiz detrás del cual están ocultos Don Alvaro y Caldeira: va el Rey á detener á la Marquesa, y tirando del tapiz, quedan descubiertos los dos escondidos.)
REY.
Esperad. ¡Traidor! ¿qué es esto?
CALDEIRA. (Ap.)
Tramoya que salió mal.
REY.
Matadme ese desleal.
DON ALVARO.
Quien ese nombre me ha puesto,
Es el que tienes al lado,

ESCENA VI.

MARTIN, BENITO, CORBATO y GILOTE, saliendo por el proscenio.—
Dichos.

CARRASCO.
¡Ah del valle!
BENITO.
¡Ah de allá arriba!
OTERO.
A los llanos.
TODOS.
A los llanos.
MARTIN.
¡Eso sí: gritar y dalle!
La voz teneis de codicia.
CARRASCO.
Al paraiso de Galicia,
Serranos, al valle.
TODOS.
Al valle.
(Bajan de las peñas Carrasco y Otero.)
GILOTE.
¡Famosa presa, Carrasco!
CARRASCO.
Cual de piés, cual de cogote,
Cayeron lobos, Gilote,
Que es contento.
OTERO.
Del peñasco
Se despeñó un jabalin.
BENITO.
Salve y guarde.
OTERO.
Bien venido.
BENITO.
Catorce diz que han caido.
CARRASCO.
Llególes su San Martin.
BENITO.
Diez jabalis, seis venados,
Tres zorras y tres garduñas.
GILOTE.
No les valieron las uñas.
BENITO.
Vengáronse los ganados.
OTERO.
¡Ojalá que en esta sierra
Hiciéramos otro tanto
De los jodios que el santo
Reye de España destierra!
CARRASCO.
Si, Fernando é Isabel
Rayos de jodios son.
OTERO.
De la santa esquinacion
Huye esta canalla infiel,
Y se nos acoge acá.
GILOTE.
De la inquisicion diréis.
OTERO.
Sí, vos que leer sabeis,
Acertaréis.
BENITO.
Gil si hará.
OTERO.
Un comision ha venido
En su busca....
GILOTE.
Comisario
OTERO.
Y un calendario
De los reyes ha traído,
Que le nombran procesion....
GILOTE.
Provision.

Falseador de firmas fieles,
Que como mata en papeles,
Y no viene acostumbrado
Al acero en quien se suma
El valor no lionsero;
Cobarde por el acero.
Solo es valiente por pluma.
Con ella si que hará alarde
De bazañas que un rey premió;
Pero con la espada no;
Que el traidor siempre es cobarde.

DON EGAS.
Mi lealtad, que es conocida,
Cual tu traicion confirmada,
Confirmará aquesta espada.
(Echan mano los tres.)
DON ALVARO.
La color tienes perdida,
Y ella quién eres declara;
Que para que te convenza,
Tuvo tu sangre vergüenza
De desmentirte en la cara.
No es bien que mi acero afrente,
Cuando en tí mancharse duda;
Que el leal no le desnuda,
Teniendo á su rey presente.
Para tí de aqueste modo
Basta y sobra.
(Dale un golpe con la espada envainada, y vase.)
CALDEIRA. (Ap.)
¡Oh! cómo pegas!
Por esto, hermano Don Egas,
Se dijo: Con vaina y todo. (Vase.)

ESCENA IV.
EL REY, DON EGAS, DOÑA BEATRIZ, ACOMPAÑAMIENTO.
REY.
Seguidle, matalde. ¡Ah cielos!
Pero no le alcanzarán
Cobardes, si no es que van
Volando tras él mis celos.
Quede en prision la Marquesa,
(A Don Egas y otro caballero.)
Y en guarda suya los dos. (Vase.)
DOÑA BEATRIZ. (Ap.)
Alvaro, si os librais vos,
¿Qué importa morir yo presa? (Vase.)

Campo en el valle de Limia, con unas peñas en el fondo.
ESCENA V.
CARRASCO y OTERO, encima de las peñas y mirando adentro.
CARRASCO.
¡Aquí de la serrania!
¡A la hoya, abao á la hoya!
OTERO.
Serranos, aquí fué Troya:
No quede lobo este dia.
CARRASCO.
¡Ah cuerpo de non de Dios!
¡Habiades de caer!
OTERO.
No hay son (1) matar y comer.
CARRASCO.
Como burros son los dos.
OTERO.
Viva la gala, serranos,
Del valle de Limia.
VOCES DENTRO.
Viva.
(1) Sino.

OTERO.
Para prendellos,
Y andamos á caza dellos,
Carrasco, que es bendicion.
BENITO.
Disfrázanse entre nosotros,
Que ni los conocerá
Un zahoril.
OTERO.
Yo topé ya,
Aunque se metan entre otros
Una famosa invencion
Con que conocerlos luego.
GILOTE.
¿Y es?
OTERO.
A la nariz les llevo
Un pedazo de jamon;
Y el que es cristiano echa el diente,
Y el que no, las tripas echa.
CARRASCO.
¡Oh qué maldita cosecha!
¿Qué no creé en Dios esta gente?
GILOTE.
No.
CARRASCO.
Yo en la romana iglesia
Creo.
BENITO.
Con ella me avengo.
OTERO.
Serranos, á eso me atengo;
Que es, en fin, cristiana vieja.
BENITO.
Como tien Castilla guerra
Con Portugal tanto há,
Los fronterizos de acá
Habitamos en la sierra.
Ni hay tiempo para prendellos.
GILOTE.
Todos, poquito á poquito,
Se mos van allá bonito.
OTERO.
Allá se lo hayan con ellos;
Que acá haremos entre tanto
Lo que nuso amo nos manda,
Que es andar en su demanda.
MARTIN.
Es buen cristiano.
GILOTE.
Es un santo.
OTERO.
¿Garcí-Fernández? No hay viejo,
Desde Limia á Monterey,
De mas virtú ni mas ley.
BENITO.
¿Y su hija?
CARRASCO.
Esa es espejo
De Galicia.
CORBATO.
Déle Dios
Un marido del tamaño
De aquel nogal, ó el castaño
Que teneis á par de vos.
CARRASCO.
Hoy cumple años.
GILOTE.
Y hoy festeja
De su padre el alegría
A toda la serranía.
BENITO.
Viva un sigro, y nunca vieja.
OTERO.
Par Dios, que cuando la veo,
De manera me emberrincho,
Que como rocin relincho.

CARRASCO.
¡Mas arre allá!
MARTIN.
Yo babeo
Siempre que la llevo á habrar.
CARRASCO.
Todo un sol tiene en la cara.
OTERO.
A fe, si ella se pagara
De tirar, correr, luchar,
Que ella huera presto mia.
BENITO.
Eso no, donde estoy yo.
OTERO.
¿Vos conmigo?
BENITO.
Yo, que só
Gala desta serranía.
OTERO.
Mas ¡nonada!
BENITO.
Para vos.
OTERO.
Benito, callá, vos digo.
BENITO.
¿Pues lucharéis vos conmigo?
OTERO.
Con vos y con otros dos.
BENITO.
¿Qué ha de ir?
OTERO.
Vaya una cabra.
BENITO.
Par Dios, vayan dos y aún tres.
OTERO.
Idas son.
BENITO.
Desnudaos pues.
GILOTE.
Teneos.
OTERO.
Nadie habre palabra,
Porque un hombre con colera
Derriba un toro, Gilote.
BENITO.
Quitaos el sayo y capote.
OTERO.
Ya le quitan.
CORBATO.
Ropa huera;
(*Quítanse los sayos, y déjanselos á un lado.*)
Que todos seremos jueces.
CARRASCO.
Este soto es buen lugar.
OTERO.
Par Dios, que habeis de llevar
Hoy un pan como unas nueces.
(*Luchando Benito y Otero van retirándose hasta salir del teatro, siguiéndolos los otros serranos.*)
ESCENA VII.
DON ALVARO, CALDEIRA.
DON ALVARO.
Caldeira, esta es Galicia.
No vivé en estas sierras la malicia
De envidias y traiciones,
De lisonjas, engaños y ambiciones.
Los que en mi busca vienen,
Aquí jurisdiccion ni ayuda tienen.
CALDEIRA.
Asperilla es la tierra.
DON ALVARO.
Es de Laroco esta empinada sierra,

Y Limia este florido
Valle (que es guarnicion de su vestido),
Por fértil estimado:
El de Laza, que yace á estotro lado,
Ameno se avvicina
Al val de Monterey, con quien confina.
Cinco leguas de Chaves
Dista este monte.
CALDEIRA.
Bien la tierra sabes.
DON ALVARO.
Fué el Conde gran mi amigo,
De Monterey, y discurrió conmigo,
Cazando, varias veces
Su aspereza, ya á costa de los peces
De sus aguas, que hay muchas
Habitacion de celebradas truchas;
Ya en jabalies cerdosos
Ensayando venablos, y ya en osos.
CALDEIRA.
Si es tan tu amigo el Conde,
Vamos á Monterey.
DON ALVARO.
No corresponde
Con la amistad pasada
La presente.
CALDEIRA.
¿Por qué?
DON ALVARO.
La guerra airada
Lo descompuso todo.
Sirvió á su Rey, y yo del mismo modo,
Leal sirviendo al mio,
Paró nuestra amistad en desafio.
En la infeliz batalla
De Toro, que si quiere celebralla,
Como es razon, Castilla,
Puede con mil ventajas preferilla
A la de Aljubarrota,
Quedamos enemigos.
CALDEIRA.
Pues acota
Rancho en que descansemos;
Que cinco leguas caminado habemos
A pata, huyendo espías,
Y á Bercebú se dan las tripas mias.
DON ALVARO.
Si aquestos montañeses
Alcanzan á saber que portugueses
Somos los dos, no estamos
Seguros de sus manos.
CALDEIRA.
Pues huyamos.
DON ALVARO.
¿Dónde? Hasta ver si es cierto
Que la Marquesa mi esperanza ha muert-
Y al rey Don Juan adora, [to,
Como dijo....
CALDEIRA.
Por Dios, que estás ahora
Con linda sorna: acaba.
DON ALVARO.
¿No dijo al rey la ingrata que le amaba,
Gozando sus cuidados
Pensamientos de amor, con él casados?
CALDEIRA.
No sé, por Dios; yo vengo [go
Con mas hambre que amor, y te preven-
que socorras desmayos.
(*Reparando en la ropa de Otero y Benito*)
Dos capotes son estos y dos sayos.
DON ALVARO.
Espera; que con ellos
Temores excusamos.
CALDEIRA.
Si á traellos
Te aplicas, con su traje
No dice mal el portugues lenguaje,

Pues se distingue poco
De la lengua gallega.
DON ALVARO.
De Laroco
Las sierras, que son estas,
Entre antiparas pobres, mal compues-
Habitaré entre tanto [tas,
Que salgo del celoso y ciego encanto
En que el amor me puso.
De aquí á mi ingrata avisaré confuso.
Disfrázate tú y todo.
CALDEIRA.
Entre aquellos castaños me acomodo;
Que si su dueño sale
Por su ropa, querrá lo que no vale.
DON ALVARO.
¿Porqué se habrán dejado
Los vestidos aquí?
CALDEIRA.
Si se han picado
Con el calor molesto,
Querrán echar al agua todo el resto.
DON ALVARO.
Aquí el Tamaga baña
Apacible los piés desta montaña.
No dices mal.
CALDEIRA.
Addio:
Esconderé en aquel lugar sombrio
Los trajes cortesanos,
Porque pasemos plaza de villanos.
DON ALVARO.
Caldeira, vuelvo luego.
CALDEIRA.
Par Dios, que de esta vez quedas gallego. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON ALVARO.
Cansancios y pesadumbres
Alientan la fuerza al sueño.
Entre tanto que risueño
Guarnece el sol estas cumbres,
Quiero dar pruebas á enojos,
Y desmentir mis cuidados;
Que si atormentan soñados,
No es á costa de los ojos.
(*Echase á dormir. Salen arriba, por las peñas, Dominga y Mari-Hernandez con vestido y tocado á lo gallego.*)

ESCENA IX.

MARI-HERNANDEZ, DOMINGA. —
DON ALVARO, dormido.
MARIÁ.
Hoy, Dominga, que cumpro años,
Padre os quiere festejar.
DOMINGA.
Tantos llegues á contar,
Como hojas estos castaños;
Al sol te saquen tus nietos
En una espuerta.
MARIÁ.
¿Y qué hé de her con tanta edá,
Si (1) enfadar á los discretos?
DOMINGA.
Deseo que á sigros llegues.
MARIÁ.
¿Hay mas aborrible cosa,
Que una vieja que hué hermosa,
La cara llena de priegues,
Y arojando con la vista?
Dominga, morir me agrada
Moza, y de todos llorada,

(1) Lo mismo que son, sino

Mejor que vieja y mal quista.
DOMINGA.
Discreta eres hasta en eso.
Baja con tiento; no cayas.
MARIÁ.
Mientras que del valle trayas
Juncia, retama y cantueso,
Para enramar el portal
Donde la cena ha de ser,
Claveles quiero coger,
Con madreSelva.
DOMINGA.
¿Y qué tal
La hallarás par de la fuente
Dell olmo!
MARIÁ.
Por ella bajo.
DOMINGA.
Yo, echando por este atajo,
Vó á ver si vuelve la gente
Que hué á traernos despojos
De lobos, pues que los has
Convidado.
MARIÁ.
¿Y dó podrás
Hallarlos?
DOMINGA.
Hacia los tojos.
(*Vase Dominga, y salta Mari-Hernandez de las peñas abajo.*)
ESCENA X.
MARIÁ, DON ALVARO, dormido.
MARIÁ.
Ya yo la cuesta he bajado.
Carcajadas da de risa
La fuente que bulle aprisa. —
¿San Gil! ¿qué hombre está aquí echa-
Desde la cintura arriba [do?
Es pastor, y lo que queda,
Está vestido de seda.
A sabor duermo. ¡Y que viva
Un hombre, y parezca muerto!
No teneis vos mucho amor,
Pues dormis tan á sabor,
Ni os penan deudas despierto.
Este será algun jodio
De los que andan á prender,
Porque no quieren comer
Tocino: ¡qué desvario!
Yo quiero dar hoy venganzas
A la iglesia y sus denuestos;
Que quien mata alguno destos
Diz que gana perdonanzas.
Esta media lancha tomo.
(*Toma una piedra y súbese en una peña bajo la cual está echado Don Alvaro.*)
Y desde aqueste repecho,
A dos manos se la echo
Sobre la cabeza á plomo;
Y de un golpe, si no yerro,
A nuestra ley doy socorro,
Y á nuestro jodio aborro
De dotor, cura y entierro.
Allá va. — Manos, teneos;
Que en tan buena catadura
No puede haber judaizura;
Que los jodios son feos.
¡Válgate Dios por dormido!
¿Qué has hecho en mi corazon?
En mi vida vi garzon
Mas apuesto y mas garrido;
En sueños me ha quillotrado
El pecho. ¡Ay sosiego mio!
Sotil ladron sois, jodio,
Pues ell alma me heis robado.
Mas ¿para qué llamo robo
Lo que yo le di primero
De grado? Llamarle quiero.

(*A voces.*)
¡Guarda el lobo! ¡guarda el lobo!
DON ALVARO. (*Despertando alborotado.*)
Lobos ¿qué mal me han de hacer,
Si soy portugues?
MARIÁ.
Tente, hombre;
Que me ha espantado ese nombre.
(*Coge una piedra.*)
DON ALVARO.
¿Qué es de los lobos, mujer?
MARIÁ.
Téngase allá.
DON ALVARO.
Una cordera
He visto en vez de los lobos.
MARIÁ.
Así engañan á los bobos.
DON ALVARO.
¡Ay cielos!
MARIÁ.
Téngase ahuera.
DON ALVARO.
¿Qué peregrina hermosura!
MARIÁ.
A fe que dormis de espacio.
DON ALVARO.
A ser la sierra el palacio,
Donde no hay quietud segura,
Con menos gusto durmiera.
MARIÁ.
¿Tiene enemigos allá?
DON ALVARO.
Nadie sin ellos está.
MARIÁ.
¿Y duerme desa manera?
DON ALVARO.
En esta montaña yerma,
¿Qué temor no se asegura?
MARIÁ.
Pues acá nos dice el cura,
Que quien los tiene, no duerma.
DON ALVARO.
Sentencia de sabio es esa.
MARIÁ.
Yo de un golpe, á no llamalle
Con la muerte pude dalle
La losa para la huesa.
DON ALVARO.
¿Pues heos ofendido yo?
MARIÁ.
Si es jodio, claro está.
DON ALVARO.
Fijodalgo soy.
MARIÁ.
¿Verá!
¿Que no es judaico?
DON ALVARO.
No.
MARIÁ.
¿Cree en la iglesia romana?
DON ALVARO.
Su culto obedezco santo.
MARIÁ.
Pues si es ansi, suelto el canto.
(*Arrójale.*)
DON ALVARO. (*Ap.*)
¿Hay mas donosa serrana?
MARIÁ.
Hombre parece de bien:
Ya le voy perdiendo el miedo.
¿Sabe el credo?
DON ALVARO.
Bien sé el credo.

MARÍA.
¿Y el padre nuevo?
DON ÁLVARO.
También.
MARÍA.
¿Y persinarse?
DON ÁLVARO.
¿Pues no?
MARÍA.
A ver: veamos.
DON ÁLVARO. (Ap.)
¿Qué extraña
Sencillez!
MARÍA.
¿Mas que me engaña!
DON ÁLVARO.
Mi sangre no permitió
Ningun error ni herejía,
Porque es limpia, ilustre y clara.
MARÍA.
Ansí lo dice su cara;
Mas yo, mientras él dormía,
Por matar un renegado,
Tomé la lancha que enseñó;
Que para matar, el sueño
Ya se tien lo mas andado.
DON ÁLVARO.
¿No bastaban vuestros ojos?
MARÍA. (Ap.)
Barbínegro es el garzon,
Y fidalgo; que acá son
Los jodios barbi-rojos.
DON ÁLVARO.
¿Vos quisistes darne muerte?
MARÍA.
A ser jodio, si hiciera.
DON ÁLVARO.
Pues si gustais que yo muera,
No os armeis de aquesa suerte:
En los ojos teneis flechas,
Que los corazones pasan:
Palabras decís que abrasan
De amores y de sospechas.
¿Para qué venis cargada
De piedras, si me mató
El veros?
MARÍA.
Por sí ó por no,
No era mala una pedrada.
DON ÁLVARO.
Vos dais muerte; ese sol ciega
El alma, á quien vida dais
Matando. ¿Cómo os llamais?
MARÍA.
Mari-Hernandez, la gallega.
DON ÁLVARO.
Bien haya aquesta aspereza,
Que os puede ver cada dia,
Este arroyo y fuente fria,
Cristal de vuestra belleza.
Las aves que os lisonjean,
El prado que os rinde flores,
El pastor que os dice amores,
Las almas que en vos se emplean,
El gusto que en vos se hechiza,
La libertad presa en vos,
Y yo que os he visto.....
MARÍA.
¿Ay Dios!
¿Qué bien que lo sermoniza!
(Ap. Ya no quedo de provecho
Despues que vi este garzon:
Saltos me da el corazon;
Cosquillas tengo en el pecho.
¿Válgame Dios! ¿qué será
Lo que siento?)
DON ÁLVARO.
En esta mano
(Tomácela y la besa.)

Pierdo el seso, el gusto gano.
MARÍA.
El diablo le trujo acá.
Pues ¿bésala?
DON ÁLVARO.
Si me quemó,
¿Qué he de hacer por sosegar?
MARÍA.
¿No hay son llegar y besar?
Paso: dochovos á o demo.
¿Es mi mano la del cura?
DON ÁLVARO.
Sí, pues cura es de mi mal.
¿Tiene tal vez el cristal,
Ni la nieve tal blancura?
Cortezanos artificios,
Cuyas manos blancas son
O mártires del jabon,
O del sebo sacrificios,
Aprended en la belleza
Que aquí el descuido reparte,
La ventaja que hace al arte
La pura naturaleza.
Dime, ¿con qué se repara
La pura luz que me das?
MARÍA.
Lleve el diminú lo mas
Que una poca de agua clara.
Mas ¿dó vais vos por aquí,
Desa manera perdido?
DON ÁLVARO.
A ver mi muerte he venido.
MARÍA.
¿Buscais á quien servir?
DON ÁLVARO.
Sí.
MARÍA.
¿Sabréis her carbon?
DON ÁLVARO.
Si el fuego,
Serrana, ese oficio enseña,
Abrasado estoy.
MARÍA.
De leña
Digo.
DON ÁLVARO.
Cuando á vos me llevo,
Leña soy. ¿Ay, manos mias!
Vosotras ¿no me encendeis?
MARÍA.
¿Ah hi de pucha! ¿qué (1) sabeis
De chanzas y roncerias!
¿Quereis servir á mi padre?
DON ÁLVARO.
Y daros el alma á vos.
MARÍA.
No hay mandones si los dos;
Que ya se murió mi madre.
¿Cuánto ganais de soldada?
DON ÁLVARO.
De soldada gano un sol
Que adoro, en cuyo arrebol
Está mi alma á soldada;
Mas ¿qué ganará un perdido
Que por vos sin seso está?
MARÍA.
Al que mas, le dan acá
Seis ducados y un vestido.
Si quereis, vamos á casa:
Que yo con mi padre haré
Que os reciba.
DON ÁLVARO.
No podré,
María, con tanta tasa
Vivir, si algo no añadís.
MARÍA.
¿Y será?
(1) Cuanto.

DON ÁLVARO.
Serrana mía,
Una mano cada dia.
MARÍA.
¿Mas matalla!
DON ÁLVARO.
¿Qué decís?
MARÍA.
Que mi padre os la dará.
DON ÁLVARO.
No ha de ser, serrana bella,
Sino esta. (Tomándosela.)
MARÍA.
¿Y qué heís de her con ella?
DON ÁLVARO.
Besalla.
MARÍA.
¿Pues dónde habrá
Manos para cada dia?
DON ÁLVARO.
Dos que remudar teneis.
MARÍA.
Caro servis.
DON ÁLVARO.
¿Qué quereis!
MARÍA.
Soldad.
DON ÁLVARO.
¿Ay gallega mia!
(Ap. Beatriz, si de mis desvelos
Fuiste causa y te has mudado,
Ya en estas sierras he hallado
Contrayerba de tus celos.)
MARÍA.
Ya sois de casa.
DON ÁLVARO.
Soy vuestro.
MARÍA.
Hablemos á padre.
DON ÁLVARO.
Vamos.
MARÍA. (Ap.)
Alma, en que entender llevamos.
DON ÁLVARO. (Ap.)
Amor, sed vos mi maestro:
Enseñadme á hacer carbon.
(Toma la mano á María, y bésasela.)
MARÍA.
¿Qué haceis?
DON ÁLVARO.
Cobro mi soldada.
MARÍA.
¿Tan presto?
DON ÁLVARO.
Va adelantada.
MARÍA.
¿Con beso?
DON ÁLVARO.
Sí.
MARÍA.
¿Ay besucon!

ACTO SEGUNDO.

Campo delante de la casa de Garci-Hernandez.

ESCENA PRIMERA.
DOMINGA, CALDEIRA.
CALDEIRA.
Yo pasaba á Santiago
Desde Francia, peregrino;
Robáronme en el camino
Los vestidos y un cuartago
En que un compañero y yo

Descansábamos á ratos,
Llevando sobre él los hatos
Y alforjas: él se quedó
En la posada desnudo;
Yo de medio arriba Adán,
Sobre el puro cordoban
Un calzon de lino crudo.
Hallé sin dueño este sayo
Aquí (1), y dije, no tan triste:
«También á los pobres viste,
Como á los campos el mayo.»
Caminaba, hecho un cacique,
Por entre matas y tojos;
Escondiéronse los ojos;
Cada cual tras el tabique
De los párpados; tendíme,
Por dormir mas á mi salvo,
Al pié de un peñasco calvo,
Casa de monte sublime;
Y soñando en mis pecados,
Me pareció que llegaban,
Y en volandas me llevaban
Dos demonios corcobados.
Desperté, haciéndome cruces,
Cuando en su cama encarnada,
La última boqueada
Daba el dia entre dos luces;
Vite encima de esa loma
Decir, alzando la voz:
«Henc, henc, henc, arrangoroz»;
Y no entendiendo el idioma
De gallegos desaliños,
Vi acercarse en escudrones,
Gruñendo, suegras lechones,
Que aquí llaman vacoriños.
No supe yo que juntaban
Los cochinos deste modo
En Galicia; temblé todo,
Pensando que me agarraban;
Quise huir; no supo el miedo;
Desmayéme, y tú piadosa,
Entre rolliza y hermosa,
A medio engullir un credo,
Fuiste mi segundo cura,
Bautizándome otra vez.
Volví en mí, miré la tez
Desa gallega hermosura;
Y aunque nunca tuve cuyo,
Como el alma te rendí,
Por andar siempre tras tí,
Quisiera ser puerco tuyo.

DOMINGA.
Si vos, el hechizador,
Lo sentís como lo habrais,
A buen puerto vos llegais;
Que á la fe que os tengo amor.
No lo saben sermonear
Los de acá tan á lo miel;
Quizás lo hace el buriel,
Ó el carrasqueño manjar.
Mas vos, aunque carichato,
En cada ojo socarron,
Tenedes, si hechizos son,
Dos varas de garabato:
Yo sirvo al mejor serrano
Que toda la Limia tien;
Es rico, y home de bien,
Y cinco ducados gano.
Siete da á cada vaquero;
Si él os recibe y conoce,
Siete y cinco serán doce.
Juntarémos el dinero;
Harémos hucha yo y vos;
Diez años le serviremos;
La alcancia quebrarémos
A los diez años los dos.
A doce ducados, son
Diez años, si bien lo cuento.....
Diez á doce..... veinti ciento;
Que será lindo pellon.

(1) Aquí cerca, es lo que debe entenderse.

Comprarémos vacoriños
(Que los gallegos son bravos),
Un prado en que sembrar nabos,
Diez cabras y dos rociños;
Cogerémos ya el centeno,
Ya la borra, ya el millo,
Buen pan este, aunque amarillo,
Sano el otro, aunque moreno;
Gallinas, que con su gallo
Mos saquen cada año pollos,
Mantea de vaca en rollos,
Seis castaños, un carvallo (2),
Una becerra y un buey;
Y los diez años pasados,
Podrá envidiarnos, casados,
El conde de Monterey.

CALDEIRA.
¿Diez años!
DOMINGA.
Pues ¿porqué no?
CALDEIRA.
¿Diez años, y sin rascar!
¿Diez años! Será rabiar.
DOMINGA.
¿Mondaré nisperos yo?
CALDEIRA.
¿Cómo te llamas?
DOMINGA.
Dominga.
CALDEIRA.
Mi fiesta de guardar eres.
Si á lo prestado me quieres,
Tu esclavo soy; ata y pringa.
Ya estarás golosmeada.....
Mas dudar en esto es yerro.
¿Pasaste la cruz del Ferro?
Que vendrás desojaldrada.
¿No has querido á nadie?
DOMINGA.
Yo?
Soy, por vida de mi padre,
Tan virgen como mi madre
Me parió.
CALDEIRA.
Deja el parió,
Y á lo primero te llega;
Pues ya sé yo, aunque porfias,
Que son muchas gollorias
Pedir doncellez gallega.
DOMINGA.
¿Cómo es tu nombre?
CALDEIRA.
Godiño.
DOMINGA.
¿Ay mi Godiño pachon!
(Dale en la barba.)
Encaja.
CALDEIRA.
¿Soy tu lechon?
DOMINGA.
No eres si mi vacoriño. (Suena música.)
CALDEIRA.
¿Qué es esto?
DOMINGA.
Hay fiesta en el valle.
CALDEIRA.
¿Pues por qué?
DOMINGA.
Cumpre años hoy
La serrana de quien soy
Criada, el mas lindo talle
Que toda Galicia tien;
Y su padre que la adora,
Convida á la sierra ahora.
Vamos..... Mas nuneso amo vien
Con sus serranos.

(2) Roble.

CALDEIRA.
En fin,
¿Hay hoy fiesta?
DOMINGA.
Y colacion.
CALDEIRA.
Como un Salomoi
Digo, como un matachin.
DOMINGA.
Todo es uno.
CALDEIRA.
¿Y tú?
DOMINGA.
En el aire
Doy mil vueltas.
CALDEIRA.
¿Ay chancera!
DOMINGA. (Ap.)
¿Qué en tan mala cara hubiera
Tan quillotador donaire!

ESCENA II.

MARÍA, GARCI-HERNANDEZ, DON
ÁLVARO.—DOMINGA, CALDEIRA.
GARCÍA.
En casa, garzon, estais.
María pide por vos.
DON ÁLVARO.
Vivais mil años los dos.
GARCÍA.
Consuelo en veros me dais.
¿Sabréis arar?
DON ÁLVARO.
En la huebra
No doy á nadie ventaja,
Y por agosto la paja
Que el trillo empedrado quiebra,
Del grano apartado amarillo.
GARCÍA.
Los gallegos al limpiallo,
Robustos juegan el mallo
Y menosprecian el trillo.
DON ÁLVARO.
De todo sé lo que basta.
GARCÍA.
¿Cómo os llamais?
DON ÁLVARO.
Yo, Vireno.
GARCÍA.
Para vaquero sois bueno.
DON ÁLVARO.
Eso me viene de casta.
GARCÍA.
Vaquero seréis.
MARÍA.
Ya llega
El baile.
GARCÍA.
Asentemonos.
DON ÁLVARO. (Ap. á María.)
¿Qué no seré yo por vos,
Mari-Hernandez la gallega?

ESCENA III.
CARRASCO, MARTIN, BENITO, COR-
BATO, GILOTE, Y OTROS SERRANOS Y
SERRANAS por un lado; por el opuesto
EL CONDE DE MONTEREY Y ACOM-
PAÑAMIENTO.—DICHOS.
CONDE.
Razon, García, fuera
Que en vuestra fiesta yo parte tuviera,
Si no por conde vuestro,
Por vecino á lo ménos.